

Joaquín Sánchez Macgrégor, *Dialéctica de la unidad y la diferencia en un contexto latinoamericano*, México, Plaza y Valdés/CCyDEL-UNAM, 2003, 100 pp. (Col. Democracia y Cultura).

Desde la primera línea de la introducción al texto que nos ocupa (*Dialéctica de la unidad y la diferencia en un contexto latinoamericano* de Joaquín Sánchez Macgrégor), resulta claro que tratamos con una empresa intelectual de gran envergadura: “En esta obra, se ha tratado de encontrar la cifra y compendio de una filosofía de la historia latinoamericana iniciada en 1991, con mi libro *Colón y Las Casas*”. (p.11) Por ello, antes de entrar a la obra en sí, hay que señalar lo admirable que significa el esfuerzo del autor —sostenido por más de una década y durante cuatro publicaciones— de realizar una Filosofía de la Historia latinoamericana (no apuntes desde una perspectiva latinoamericana de tal o cual filosofía).

¿Por qué y para qué decide un pensador iniciar la difícil construcción de un nuevo andamiaje conceptual? La motivación en el caso de Sánchez Macgrégor es la aguda percepción de que las filosofías de la historia existentes evidencian un divorcio entre praxis y teoría, entre fundamentación y actuación o, en los términos de su filosofía, entre curso y discurso de la historia. Lo anterior se verifica en las innumerables experiencias históricas de revoluciones sociales que acaban teniendo los resultados opuestos a sus motivaciones originarias.

La profundidad del pensamiento de Sánchez Macgrégor radica en la comprensión de que el fenómeno anterior no es explicable simplemente en términos de la falibilidad humana en la aplicación de los ideales positivos. Así, no se trata simplemente un problema de la moralidad individual de quienes encabezan los movimientos sociales lo que hace que la Revolución mexicana culmine en el presidencialismo priista, o que el movimiento que enarbola la Declaración de los Derechos del Hombre desemboque en el terror; en cambio, plantea que existen problemas en el discurso mismo, en el pensamiento sujeto a lo que él llama

el paradigma maquiavélico, la distinción o más bien distanciamiento entre política y moral, “el fin justifica los medios”. A este paradigma, el autor contrapone la noción del ser humano como fin en sí mismo de la ética kantiana, el rechazo a ver en el Otro un instrumento utilizable.

La nueva filosofía propuesta parte de una visión del acontecer humano, tanto en la esfera privada como en la social, el cual se enfrenta de inicio al dualismo, las oposiciones, dicotomías y contradicciones; esto es, lo cotidiano, la experiencia “normal” del ser humano. Ante esta situación original “[...] hay una reacción espontánea en las sociedades de todas las épocas y lugares, una reacción más bien inconsciente, para evadirse de los peores trastornos ocasionados por los conflictos dualistas [...]”. (p.15) Esta obra muestra claras raíces en la analítica ontológica heideggeriana y su visión del ser humano como ser temporal por excelencia, cuya existencia siempre implica pasado, presente y futuro. Ahora bien, el impulso por escapar a la problemática dualista planteando proyectos también debe tomarse como situación dada: el ser humano generará proyectos y ello debe considerarse como un hecho o un dato de lo real. Tales proyectos pueden ser intrascendentes, dañinos o benéficos; los primeros son una forma de la evasión, los segundos son los que exacerban las oposiciones o las dicotomías y los terceros son los proyectos dialécticos, incluyentes y negociadores. Mientras los antidialécticos (dañinos) son violentos ya que tienden a privilegiar al grupo o clase por encima de la colectividad, los dialécticos buscan la superación de las dicotomías buscando la mediación entre opuestos.

Así, la filosofía de la historia que propone Sánchez Macgrégor busca, al mismo tiempo, el espacio teórico que permita responder a los cuestionamientos por el sentido o direccionalidad del acontecer humano: ¿de dónde partimos, qué somos y adónde vamos?, no sólo como dispositivo de una metodología para las ciencias humanas, que permita abordar cualquier actividad histórica concreta, sino también como una fundamentación moral y auténticamente política cuya forma sería: viniendo de donde partimos, ¿qué podemos cambiar de lo que somos? ¿y de todos los caminos a nuestro alcance cuál es el mejor?

Hasta aquí he procurado destacar los rasgos fundamentales —quizá de forma excesivamente simplista— de la filosofía de la historia latinoamericana propuesta por Sánchez Macgrégor: 1) la búsqueda de una filosofía que privilegie el curso y no el discurso de la historia; 2) la superación dialéctica, mediadora y propositiva de los dualismos propios del acontecer humano, y 3) la crítica del paradigma maquiavélico que distancia la vivencia moral de la política y la negación del otro como fin en sí mismo. Pero aquí hay evidentemente algo que falta: sin lugar a dudas nos encontramos frente a una filosofía, pero ¿qué la hace latinoamericana? ¿No todos estos principios son perfectamente aplicables en las otras diferentes regiones del planeta?

Lo latinoamericano de esta filosofía de la historia reside en el camino recorrido por el autor, *Dialéctica de la unidad y la diferencia en un contexto latinoamericano*, es la más reciente estación del viaje, cuyo tren partió de *Colón* y *Las Casas* y pasó por *Tiempo de Bolívar*. Pienso que esta nueva filosofía surgió de la necesidad vital de buscar esa unión de curso y discurso, esa teoría que regulase un actuar ético en el sentido más clásico de realización con el otro, además que fue en la revisión de la historia latinoamericana, donde Sánchez Macgrégor encontró dos modelos de síntesis dialéctica mediadora ante las dicotomías, de coherencia entre discurso y actuación, y el desenvolvimiento de estas dos presencias dentro de un paradigma maquiavélico de comprensión del poder, con las cuales desplegó toda su teoría: *Las Casas* y *Bolívar*.

TONATIUH SOLEY  
FFyL-UNAM